*
* *

No pasaré por alto la suntuosa función que los caballeros de la Real y y Distinguida Orden española de Carlos III, espléndidamente celebraron en la Catedral el 8 de Diciembre de 1808, dándosele una solemnidad inusitada.

Anuncióse en 29 de Noviembre de ese año en México, haberse erigido legítimamente en el Real sitio de Aranjuez en 25 de Septiembre anterior, la Junta central gubernativa de España y de las Indias.[1]

Con tal motivo y excitado vivamente el patriotismo y los sentimientos de piedad de los españoles residentes en la Capital de la Colonia, el Marqués de San Román, Caballero de Carlos III, Ministro del Real y Supremo Consejo de Indias y Superintendente de la Casa de Moneda de México, ideó una magnífica fiesta religiosa dedicada á la Pureza de la Virgen, cuya solemnidad se aproximaba. Reunió, pues, á varios de sus amigos para el arreglo del asunto, y convinieron dirigirse desde luego al Virrey D. Pedro Garibay para exponerle el pensamiento, y con su poderosa ayuda realizarlo con cuanta pompa se pudiera: el Virrey entonces no sólo les ofreció presidir la función, sino que formaría en la carrera de la procesión, la tropa, como se hacía en el Corpus; que habría repique general á vuelo, desde la víspera, y salvas de artillería y cuanto fuese menester al brillo de tan plausible acto, para corresponder con tales demostraciones de simpatía á la causa del joven soberano Fernando VII, á la sazón fuera de sus dominios por las maquinaciones napoleónicas.

Después se dirigieron á ver al Ilmo. Señor Arzobispo, ofreciéndoles el Prelado, si su salud quebrantada se lo permitía, oficiar de pontifical; hablaron luego con el Deán y Cabildo eclesiástico, y todos unánimemente se prestaron á dar grande ostentación y esplendor á la festividad.

Una vez dados estos principales pasos, el activo Marqués de San Román convocó en su casa á todos sus cofrades los Caballeros de Carlos III, indicóles el objeto de la reunión, y todos prestaron juramento de fidelidad á la Religión, al Rey y á la Patria, ante el Lic. D. Luis Gonzaga de Ibarrola, Secretario honorario del Real Consejo; y en esa junta se acordó: "Que se haga una fiesta con quanta suntuosidad y pompa quepa en lo posible, sin perdonar gastos y de tal manera, que no se halla visto otra semejante en México,

1 Solemne acción de gracias que tributaron al Todopoderoso en la Metropolitana de México, los caballeros de la Real y Distinguida Orden española de Carlos III. En el de su Inmaculada patrona, por la instalación de la soberana junta de Gobierno de España y de sus Indias.—México, 1809, 4°

ni sea fácil repetirla, pues nada puede igualar á la grandeza del objeto, atendido el conjunto de circunstancias que median."

Nombróse como diputado para el arreglo de la función á D. Diego de Ágreda, por su actividad, eficacia y patriotismo, junto con el Marqués de San Román, dándose á ambos amplias facultades para todo.

Invitáronse á las demás Ordenes militares, así como á las monásticas, Colegios y Parcialidades de indios. Hízose una excitativa á todos los vecinos para adornar el exterior de sus casas, y al Alcalde para que mandase poner el toldo en la carera, y que se iluminaran los edificios públicos y particulares por la noche.

El Arzobispo, á su vez, convocó por edicto al Clero secular, Ordenes terceras y Cofradías, como se acostumbraba para las procesiones del Corpus y de Rogación.

Se nombraron también comisiones especiales para invitar á los Ministros, Títulos de nobleza, en general á todos los grandes personajes de esta pequeña Corte; y al pueblo, para asistir á tan extraordinaria como pocas veces vista festividad.

Llegó el día 8 de Diciembre. Á las ocho de la mañana los Caballeros de Carlos III se congregaron en Palacio, vistiendo sus vistosos mantos de la Orden, y esperaron al Virrey en el salón de ceremonia. Formaron en dos filas, por orden de antigüedad, y cuando el gobernante salió de sus habitaciones, emprendieron todos la marcha á pie rumbo á la Catedral, llevando el Virrey á ambos lados, á los caballeros más antiguos que eran el Marqués de San Román y D. Antonio de Bassoco. Los flancos iban cubiertos por la brillante guardia de Alabarderos y la retaguardia por la compañía de Granaderos del Regimiento de Infantería de Nueva España y por otra del de Dragones de México, á caballo y con sus respectivas músicas.

Llegada la comitiva á la Catedral, penetró por la puerta del Poniente (Empedradillo), recibiéndose al Virrey con el acostumbrado ceremonial. Después todos ocuparon sus asientos.

El Templo estaba soberbiamente exornado con los más ricos paramentos, y la iluminación daba el aspecto de una ascua inmensa de fuego. Seguidamente se dió principio á la misa, oficiando de pontifical, el Sr. Lizana y Beaumont, Arzobispo de México, como lo había prometido. Después del Evangelio, ocupó la sagrada cátedra el Dr. D. José Mariano Beristain, quien dijo elegante oración que corre impresa;[1] y concluída la misa se ordenó la procesión, abriendo la marcha un cabo y seis gastadores de la Compañía de Granaderos: seguían después las Parcialidades de indios, las Cofradías, Terceras

1 Al fin de la *Solemne acción de gracias*, etc. (ubi supra).

Ordenes, Religiones, todas éstas con cruz alzada y ciriales; el Clero secular bajo la cruz de la Catedral, el Colegio de Infantes, la capilla de la Metropolitana entonando el *Ave maris stella;* el Cabildo eclesiástico con capas pluviales sus capitulares, presidiendo el Deán, por no haber podido quedarse el Arzobispo á causa de sus males; después la imagen de la Virgen en andas de plata y bajo palio, cuyas varas llevaban alternándose colegiales de todos los Colegios; en seguida los dos Caballeros de Carlos III, más modernos y tras de ellos la larga serie de invitados, los gobernadores, la oficialidad franca, los altos empleados, los colegios, etc.; y al fin los Caballeros de la Orden precitada, yendo á la cabeza de todo el Virrey D. Pedro Garibay, todos con vela en mano. Cerraban la marcha, los Alabarderos, Granaderos y Dragones.

La tropa estaba tendida en toda la carrera, y las calles cubiertas con el toldo. La artillería hizo descargas al empezar y concluir la misa, á la hora de la elevación, al salir de la Catedral la imagen de la Virgen, al avistarse ésta por las calles de San Francisco y al volver á entrar al Templo. Concluída la procesión, y vueltos todos los asientos á ocuparse, en la Metropolitana, el coro entonó la antífona *Sub tuum præsidium,* y dicha la oración por el preste se dió fin á la fiesta, retirándose luego el Virrey al Palacio, acompañado de los caballeros, donde llegaron á las doce del día.

La función correspondió en todo al pensamiento del piadoso Marqués de San Román, y, á no dudarlo, ha sido una de las más extraordinarias y solemnes celebradas en el recinto del augusto Templo Metropolitano, antes de ser consumada nuestra Independencia.

***

Daré ahora fin á la parte relativa al período colonial, mencionando la consagración del Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro José de Fonte, como Arzobispo de México, verificada en la misma Catedral; debiendo observarse que en el presente siglo, sólo tres Metropolitanos han sido consagrados en aquel Templo: el Sr. Fonte, como acaba de indicarse, el Sr. Posada y el Sr. Alarcón; á su tiempo se citarán estas dos solemnidades.

Hizo el Sr. Fonte su carrera en España, de donde era originario (nació en Linares, Aragón, en 13 Mayo 1777).[1] En 1802 vino á México en compañía del Sr. Lizana y Beaumont, su antecesor en el episcopado. Al poco tiempo obtuvo el Sr. Fonte el nombramiento de provisor y vicario general del Arzobispado; desempeñando después otros importantes puestos, entre otros el de

1 Sosa.—*El Episcopado Mexicano.*

cura del Sagrario Metropolitano y el de canónigo doctoral de México, grado que obtuvo por oposición. Muerto el Sr. Lizana fue propuesto el Sr. Fonte para cubrir la vacante; preconizósele Arzobispo de México, y una vez que llegaron las bulas, se dispuso la consagración del nuevo Pastor.

El 29 de Junio de 1816, vestido de gala el Templo Metropolitano, presenció todas las importantes ceremonias por las cuales quedó ungido el Sr. Fonte, siendo el consagrante el Ilmo. Sr. Bergosa, y asistentes el arcediano Dr. D. Juan Sarría y el maestre-escuelas Dr. D. José Gamboa.

Distinguióse el Sr. Fonte por su oposición á la Independencia, y de repente abandonó su diócesi y fuese al extranjero, aunque conservando el Arzobispado al cual no volvió más. Empero, viendo que el Sr. Fonte ni más se ocupaba en su misión de Prelado ni renunciaba tampoco, la Santa Sede le compelió ó á volver á México ó á renunciar la Mitra: optó el Arzobispo por lo segundo, el año 1838, y la noticia llegó á la Capital en 11 de Abril de ese año. Le sucedió en el gobierno eclesiástico el Ilmo. Sr. Posada, como veremos adelante.

II

La aurora del 27 de Septiembre de 1821 amaneció espléndida. El sol con sus rayos de oro, tiñendo las nubes de color de grana, apareció por el oriente de México saludándolo como al pueblo que comenzaba en esos momentos su vida de libertad y autonomía. El júbilo embriagaba á todos los habitantes de la nueva nación americana, cuando restañada la sangre, apagado el fragor de los combates, limpios ya los campos de batalla y los corazones tranquilos, el afortunado caudillo de Iguala entraba al frente de su trigarante ejército, el memorable 27 de Septiembre á la Capital de México libre.

Aquel día extraordinario en este pedazo queridísimo de tierra, la Iglesia Metropolitana echó á vuelo sus campanas, vistióse con sus galas más brillantes y se apercibió á recibir en su seno al Libertador de la Patria Independiente, á fin de que, bajo las bóvedas augustas del Templo sacrosanto, implorárense las bendiciones del Eterno para el suelo mexicano, y se rindieran gracias á la Omnipotencia Divina por el feliz resultado de una lucha sangrienta, pero inevitable.

Por primera vez los edificios públicos y particulares y aun los pechos mismos de los mexicanos, ostentaban los tres colores verde, blanco y encarnado adoptados en Iguala, y emblema sagrado de la religión, la independencia

y la unión; todo estaba engalanado, todo respiraba dicha inefable, contento inu-itado. Al fin el ejército de las *Tres Garantías* constituído por bravos mexicanos se distinguió por el antiguo paseo de su Bucareli: al frente venía en negro corcel D. Agustín de Iturbide, á quien la multitud, así como al ejército, aclamaba. Eran las diez de la mañana: el caudillo siguió por Corpus Christi, rumbo al centro de la Capital, y en la esquina del convento de San Francisco, en donde se había levantado un arco de triunfo, la comitiva se detuvo, Iturbide echó pie á tierra, y el Ayuntamiento, por mano del alcalde más antiguo, que lo era D. Ignacio Ormaechea, ofreció al Libertador unas llaves de oro, símbolo de las de la ciudad. Iturbide entonces las devolvió, diciéndole al Sr. Ormaechea: "—Estas llaves que lo son de las puertas que únicamente deben estar cerradas para la irreligión, la desunión y el despotismo, como abiertas á todo lo que puede hacer la felicidad común, las devuelvo á V. E., fiando de su celo que procurará el bien del público á quien representa."

La comitiva siguió su marcha hasta el palacio, en medio del entusiasmo general; allí Iturbide recibió las felicitaciones de todas las autoridades y corporaciones; y después salió al balcón á presenciar el desfile, teniendo á su derecha á D. Juan O'Donojù, último Virrey enviado á la Colonia y que no llegó á gobernar.

Terminado aquel acto militar á las dos de la tarde, dirigiéronse todos á la Catedral, en donde se entonó solemnísimo *Te Deum;* pronunciando elegante oración el Dr. Guridi y Alcocer, miembro entonces de la junta provisional de gobierno.

Concluído todo lo cual, dispersóse la comitiva, y quedó consumada para siempre la Independencia Nacional.

***

Notable, por ser quizá el único acto político de la naturaleza del que va á referirse, es el que tuvo lugar en la Catedral el 24 de Febrero de 1822.

En este día, reuniéronse en el viejo Palacio virreinal los diputados que formaban el primer Congreso Constituyente, en número de ciento dos,[1] con la Junta provisional gubernativa y la Regencia del Imperio. Una vez congregados todos, se encaminaron á la Catedral, en donde fueron recibidos por la Diputación provincial, Ayuntamiento, Audiencia territorial y demás Tribunales, Corporaciones, Jefes de oficinas, Oficialidad y Comunidades religio-

1 *Actas del Congreso Constituyente Mexicano.*—México, 1822. Tomo I, págs. 1-2.

sas de la Capital, que concurrieron á la solemne función de iglesia prevenida en el ceremonial que acordó la Junta provisional gubernativa "para que la instalación del Congreso se verificase con la dignidad propia de un acto tan augusto. Después del sermón subieron los señores diputados de dos en dos al presbiterio, y teniendo la mano derecha sobre los Santos Evangelios prestaron el juramento siguiente, ante los Exmos. Señores Secretarios del despacho y de la Junta provisional gubernativa: "¿Jurais defender y conservar "la Religión Católica Apostólica Romana sin admitir otra alguna en el Im-"perio?—R. *Sí juro.*—¿Jurais guardar y hacer guardar religiosamente "la independencia de la nación Mexicana?—R. *Sí juro.*—¿Jurais formar la "Constitución política de la nación Mexicana bajo las bases fundamentales "del plan de Iguala y tratado de Córdoba, jurados por la Nación, habiéndoos "bien y fielmente en el ejercicio del poder que ella os ha conferido, solici-"tando en todo su mayor prosperidad y engrandecimiento, y estableciendo "la separación absoluta del poder legislativo y ejecutivo y judicial, para que "nunca puedan reunirse en una sóla persona ni corporación?—R. *Sí juro.* "—Si así lo hiciereis Dios eterno todopoderoso os ayude, y si no su Divina "Majestad y la nación os lo demanden."

Concluída la función de iglesia, salieron todos con el mismo acompañamiento, dirigiéndose á San Pedro y San Pablo.

Como se ha dicho, este acto imponente y solemne, es muy notable; pues creo que es el único Congreso mexicano que ha prestado individualmente juramento bajo las bóvedas de nuestra Catedral.

***

El 18 de Mayo de 1822 el humilde sargento Pío Marcha, proclamaba emperador bajo el título de Agustín I al caudillo de Iguala, que, al frente del Ejército de las Tres Garantías, ocho meses antes había entrado á la Capital de la joven nación americana. No es este el lugar ni tampoco el objeto de estas líneas, de hacer alguna consideración acerca de aquel suceso: fue un hecho histórico, y, como tal, sin comentarios abre esta sencilla narración encaminada á relatar un acontecimiento extraordinario y enteramente nuevo tanto en los anales de nuestra historia, como para los habitantes de la pacífica ciudad de México.

Secundado Pío Marcha por la guarnición de la plaza; echadas á vuelo las campanas, Iturbide, objeto de todas las demostraciones del pueblo, aceptó el título de soberano, y no reparó en que sobre sus hombros iba á descansar el terrible peso de un país cuya alborada de libertad aparecía en esos augus-

tos instantes, en que sólo se piensa en la felicidad que nueva vida proporcionarnos puede, y no en las amarguras que hemos más tarde de apurar. Empero, la suerte estaba echada; Iturbide juraba, puesta la mano sobre el sagrado texto hacer la dicha de su patria; y se apercibió desde luego la Basílica Metropolitana á la coronación del soberano, que debería hacerse con toda la pompa y la grandeza dignas de un acto semejante y nunca visto en México.

Por fin llegó el domingo 21 de Julio de 1822 señalado para el acto de la coronación. La ciudad amaneció vestida de gala, y por bando del Jefe político de la capital, los vecinos exornaron las fachadas de sus casas. De hora en hora, la artillería con una salva de veinticuatro cañonazos, anunciaba el acontecimiento con su estruendo marcial.

En la Catedral todo estaba apercibido, y adornado también con magnificencia y brillo.

Á una hora conveniente, reuniéronse bajo las bóvedas augustas, el Congreso, el Ayuntamiento, las Corporaciones todas, en sus respectivos lugares.

Del palacio de Moncada salió Iturbide con la Emperatriz, en medio de una valla de soldados, y el cortejo entró á la basílica, que aparecía pequeña para contener la inmensa muchedumbre de convidados y del pueblo, que no dejó un sólo ámbito desocupado. Los Obispos recibieron con el ceremonial prescrito á Iturbide[1] y lo condujeron bajo palio á un primer trono que al efecto se había dispuesto, acompáñandole el Cabildo eclesiástico.

Aun cuando se sujetaron los consagrantes al ceremonial que para tales casos la Iglesia usa, cambiáronse algunas ceremonias, méjor dicho, se alteró aunque brevemente el orden de ellas, por varias circunstancias que en el caso concurrían. Se dió comienzo á la misa solemnísima, oficiando tres obispos; colocadas en el altar las insignias imperiales se bendijeron, y fuéronse colocando en las personas de los emperadores, después de ungidos por el consagrante; y en seguida, el Presidente del Congreso D. Fernando Mangino tomó la corona, púsola en las sienes de Iturbide[2] y después éste la colocó sobre la cabeza de la Emperatriz. Acto continuo ocuparon el trono imperial, y el Obispo celebrante, dichas las últimas preces, volvióse hacia la concurrencia, y en alta voz exclamó: — *¡ Vivat Imperator in æternum!* A lo que todos contestaron: "¡ Viva el Emperador y la Emperatriz!"

Hubo también sermón, y una vez todo concluído, el jefe de los reyes de armas dijo: — "El muy piadoso y muy augusto emperador constitucional

1 El Arzobispo era el Sr. Fonte, que se hallaba en Europa.

2 Cuéntase que al colocar D. Fernando Mangino la corona sobre la cabeza de Iturbide, intencionalmente le dijo: — "No se le vaya á caer á V. M." Entonces Iturbide, comprendiendo el doble significado de aquellas palabras, respondió: — "Yo haré que no se me caiga."

de los mexicanos Agustín, está coronado y entronizado: ¡viva el Emperador!" Y respondieron todos: "¡Viva el Emperador y la Emperatriz!"

Terminada la solemnidad, los emperadores se retiraron al vetusto palacio de los virreyes, dispersáronse todos, y la historia se ocupó al momento en apuntar en su gran libro, aquel acontecimiento que influiría al poco tiempo de una manera poderosa en la suerte del desventurado Libertador de México.

* * *

Otra de las solemnidades imponentes que en este fecundo siglo presenció la Catedral, fue la de la llegada de los restos de algunos héroes de la Independencia; y las exequias que allí mismo en el Templo Metropolitano se hicieron á las cenizas que descansan olvidadas en la pequeña cripta del Altar de los Reyes.

La memoria de los primeros caudillos de la Independencia, renació á no dudarlo, cuando Iturbide caía del trono para no volverse á levantar jamás.

¿Qué había sido del recuerdo de los padres de la patria después de los episodios de Chihuahua, de Valladolid, de San Cristóbal Ecatepec? Muchos años habían transcurrido desde aquel entonces; muchos años sin que se removieran las cenizas de los caudillos de la fosa donde se contenían los huesos venerandos de los campeones de la libertad mexicana.

Pasó el tiempo; de grado ó por fuerza tuvo al fin que verificarse la Independecia Nacional, y cuando Iturbide entró lleno de gozo á la Capital de su futuro imperio, entonces fue el héroe nato de la patria; el que no dejaba ya "campos talados, ni viudas, ni huérfanos, ni sangre humeante."

Por uno de los tumbos de la suerte, el caudillo de Iguala se asentó en trono que descansaba sobre espinas, y cuando, desterrado de los lares patrios, regresaba á ellos creyendo ser recibido con los brazos abiertos, se encontró tan sólo entre nubes de sangre el cadalso de Padilla.

Tanto poder, tanta gloria y tanta fuerza, despertó como natural era, las envidias de los que le rodeaban: talaron el trono; la corona cayó rota en mil pedazos; el Libertador mismo cedió al impulso de la catástrofe y de ella fue sangrienta víctima.

Desde entonces á la fecha, los odios contra Iturbide no han tenido límites. ¡Parece que no fue suficiente la sangre de Padilla para borrar las faltas del hombre! ¿Quién en el mundo es impecable, quién puede arrojar la primera piedra, para que se llene de oprobio la memoria de Iturbide? Cuestión es ésta ardua y espinosa que no me toca tratarla aquí; pero toda ella sirvió para preparar el terreno, para que, renovándose la memoria de los primeros

héroes de nuestras libertades, se ofuscara la del Libertador, que al fin y al cabo nadie puede quitarle ni el jirón de gloria que en las escenas de la Independencia le tocan, ni la de habernos legado la enseña tricolor.

Parece, pues, que fue tal el encono que en contra de Iturbide despertaron sus enemigos, que ésta fue la causa de que se exhumaran las cenizas de los primeros héroes y se pasearan en triunfo por las calles de México, tributándoles inusitados honores.

Al efecto, se dispuso la ceremonia para el 17 de Septiembre de 1823.

La víspera, y en la mañana, "llegaron los restos de Morelos á la Villa de Guadalupe—dice un testigo presencial[1]—conservados escrupulosamente por la buena diligencia del cura de San Cristóbal Ecatepec, donde fue fusilado, y se presentaron en la Colegiata. Acompañábanlos tres orquestas de música de indios de diversos pueblos, que en vez de sones tristes y endechas tocaban walss (sic), y sones alegres. El alcalde de la Villa de Guadalupe condujo esta mañana hasta la garita en cinco urnas, los cadáveres de los demás personajes que de diferentes puntos se han venido á reunir á México. Desde Chihuahua á esta Capital, y lo mismo desde otras ciudades, se han formado solemnes procesiones que no se han cortado.

"Desde las doce de éste día se anunció la función lúgubre de mañana en la Catedral, con doble clásico á vuelta de esquilas con mucha majestad.

"Á las dos de la tarde comenzaron á salir de los cuarteles diversos cuerpos de tropa de la guarnición, que formaron en toda la carrera por la calle de Santa Catarina Mártir á Santo Domingo. La oficialidad y corporaciones con el jefe político y el capitán general de México, marcharon á la garita donde se formó la procesión. El cura de la parroquia de Santa Ana vestido de capa pluvial, se presentó con una buena música á honrar los restos. Esta procesión caminó en el orden siguiente: Abría la marcha un destacamento de caballería de cívicos; sus batidores con morriones de coraceros franceses, con colas de caballos muy ricamente uniformados, obedecían al toque de una corneta. Seguía un destacamento grueso de caballería, y detrás de éste se dejaba ver la primera urna, cuya vara derecha delantera cargaba el jefe político; la izquierda el marqués de Vivanco, jefe del estado mayor; la izquierda trasera el general Lobato. Las demás urnas venían en hombros de oficiales de varios cuerpos; caminaba delante de ellas gran número de personas presididas de la diputación provincial y ayuntamiento. Detrás marcharon algunas compañías de infantería del número cinco y siete, y también cívicos;

1 *Reseña curiosísima de las demostraciones de duelo hechas en México, al recibirse de diferentes lugares de la República, los restos mortales de Hidalgo, Morelos, Aldama, Allende, Jiménez, Mina, Matamoros, etc.—(Año de* 1823.—*Apuntes de un testigo ocular).*—Tomo esta relación casi íntegra, por ser en efecto, muy curiosa.

y después de retaguardia gruesos trozos de excelente caballería. Seguían luego dos largas hileras de coches en número de más de sesenta, entre éstos dos de tiros largos y muy decentes con libreas del general D. Nicolás Bravo y de D. Antonio Velasco. De este modo llegó la procesión á Santo Domingo á las seis de la tarde, entrando por la puerta del costado, donde se depositaron los huesos.

"En la noche pasó el jefe político á separarlos para que fuesen bien colocados en un magnífico carro construído al intento, que después describiré. En la cajita donde estaban los restos de Mina, se encontraron igualmente los de su amigo y compañero hasta la muerte D. Pedro Moreno, de una estatura gigantesca. Un amigo mío tomó para sí un pedazo de bota del general Morelos.

"Á las ocho de la noche, el toque de ánimas se anunció con un doble solemnísimo á vuelta en la Catedral, y fue seguido en todas las iglesias de México. El silencio de la noche hizo más augusto este imponente recuerdo de nuestro término."

Al siguiente día 17 á las seis de la mañana y en presencia de las cenizas que se hallaban en Santo Domingo, se cantó una misa de vigilia.

Á las ocho de la mañana reuniéronse en Palacio todas las autoridades con una diputación del Congreso, compuesta de tres individuos.[1] Á la media hora se encaminó á pie la comitiva que encabezó D. Vicente Guerrero, rumbo á Santo Domingo, con batidores de á caballo y tropa de varios cuerpos á retaguardia. Al llegar á Santo Domingo, fueron recibidos todos, por el padre provincial Fray Luis Carrasco, que vestía de capa pluvial. Entonóse el *Domine salvum fac populum mexicanum..... Salvum fac senatum mexicanum;* y se formó luego la procesión. "Abríala—dice el testigo ocular—un destacamento de caballería y cuatro cañones de batalla tirados con prolongas. Seguían las cofradías y comunidades religiosas con vela en mano, hermandades y clero. Seguía una numerosa oficialidad y cuerpos militares: luego el carro hecho á propósito en cuyos extremos se veían cuatro fases romanas, símbolo de la soberanía de la nación. Leíase en el frontispicio la siguiente inscripción:

LA MARCHA DE MUERTE
PARA SER INMOLADOS POR LA PATRIA EN EL
CADALSO,
ES LA MARCHA DEL HÉROE QUE CAMINA
AL TEMPLO DE LA INMORTALIDAD.

1 *Reseña curiosísima, etc.*